

Cultura, ideología, dependencia y alienación

TOMÁS AMADEO VASCONI

(proposiciones, problemas e hipótesis para el estudio de las ideas y la cultura dominantes en el proceso de desarrollo de América Latina)

I. LOS CONCEPTOS BÁSICOS

Con estas notas, queremos llamar la atención sobre un área de estudio y el estado actual de su tratamiento, y las comenzamos con una afirmación que quizá resultará polémica: *el tema de las ideologías en América Latina ha sido tratado, en general, ideológicamente.*

Si prestamos atención a las principales interpretaciones hechas acerca del papel de las ideas en el proceso de emancipación de América Latina del dominio ibérico y durante la posterior Constitución de los Estados Nacionales hallaremos dos líneas principales.

Por un lado el pensamiento que, a grandes rasgos, podríamos denominar liberal; éste ha tendido a señalar el importante papel “modernizador” que aquellas ideas tuvieron, complaciéndose en destacar que los países más “europeizados” de la región presentan simultáneamente —según diversos indicadores— el mayor nivel de desarrollo.

Por otra parte, el pensamiento que ahora denominaremos “nacionalista” ha hecho hincapié en los aspectos negativos de las ideologías de que eran portadores los grupos dirigentes de nuestros países, señalando las ideas como un factor básico de la situación de subordinación al capitalismo europeo primero y norteamericano después, en que cayó América Latina luego de rotos sus lazos de dependencia con España y Portugal.

En ambas proposiciones tiende a sobreestimarse el papel de las ideologías en los procesos históricos de la región hasta un punto tal que las relaciones entre estructura y superestructura aparecen prácticamente invertidas.

Nuestra proposición básica, nuestro punto de partida, consiste en afirmar que mal podemos llegar a una interpretación correcta tanto de la emergencia como del papel de las ideologías en América Latina —y por extensión en cualquier región subdesarrollada y dependiente— *si sólo*

tomamos en consideración el desarrollo de la sociedad nacional o regional, aunque adicionemos al análisis un “sector externo” compuesto por las naciones industrializadas dominantes.

Antes de intentar un desarrollo mayor de esta proposición —que retomaremos más adelante— tratemos de precisar más aún, a través de citas de algunos autores actuales, ciertos aspectos problemáticos en la interpretación del papel de las ideologías en Latinoamérica.

La aparición de ciertas ideologías —verbigracia, el liberalismo— resulta explicable en el contexto del proceso histórico de las naciones hoy industrializadas; parecería que no ocurre lo mismo en cambio cuando se trata de nuestra región. Así observa Medina Echaverría la existencia de una situación que ha calificado como “paradojal”:

La constelación originaria de la Independencia está bajo el signo de la libertad, y por eso el liberalismo se confunde desde los primeros instantes con la sustancia y razón de ser de los nuevos Estados. Se esgrimen ante todo las ideas libertarias y constitucionales que llegan en particular de Francia o Norteamérica y toman cuerpo de esa manera fórmulas tan extrañas —dada la realidad y los orígenes de los nuevos cuerpos históricos— como las concepciones federales que tanto habían de pesar, a veces trágicamente, en años posteriores.

Ahora bien, el hecho de que la libertad —la aspiración democrática y constitucional— sea uno de los elementos esenciales de la constelación originaria de América Latina, *arrastra también consigo la primera gran paradoja de su historia: haber mantenido por mucho tiempo en pleno desacuerdo las fórmulas de una ideología con las “creencias” y conductas efectivas de la existencia cotidiana. Sobre un cuerpo de estructura agraria y vida tradicional se extendió la débil capa de una doctrina predominantemente liberal y urbana.*¹

Se destaca así el *desfase* que se verificaría en América Latina entre estructura y superestructura, con relación al modelo histórico clásico del desarrollo europeo. Por otra parte, la aparición de estas ideologías “superpuestas” (o “injetadas”, si se prefiere) a una realidad con la cual no parecían tener directa correspondencia —según el modelo de evaluación, insistimos— se explica por la difusión de la cultura europea, que acompañó a la expansión del sistema capitalista, por una parte, y por el comportamiento *mimético* de las clases dirigentes latinoamericanas, por otra. Así señala Beyhaut:

La europeización de Iberoamérica, y en particular de sus élites, intensificada en la segunda mitad del siglo xix, puede ser apreciada como un aspecto de la expansión imperialista de Occidente, de su influencia civilizadora. Típico fenómeno de contacto de culturas, o de interpenetración de civilizaciones, al decir de Balandier, se vio acentuado por la revolución tecnológica de la época.²

Las consecuencias de esa expansión sobre las sociedades latinoamericanas, como ya apuntamos rápidamente al principio, han sido evaluadas de diversas maneras. El mismo Bayhauit escribe:

Deben señalarse . . . como secuelas de un proceso de imitación apresurada:

1. Se aprendió más rápidamente a consumir que a producir . . .
2. El hábito de seguir los moldes europeos llevó a muchos a un verdadero colonialismo cultural.³

Por su parte, J. Lambert, en *América Latina; estructuras sociales e instituciones políticas*, apunta:

Mientras en América Latina la cultura ha permanecido como el privilegio de algunos miles, o de algunas decenas de miles de individuos, ha seguido siendo una cultura colonial. Los que la compartían eran demasiado pocos para ser independientes. . .

A causa del hecho mismo del elevado nivel de su cultura, en medio de masas incultas, la élite intelectual latinoamericana ha constituido durante largo tiempo una aristocracia *cosmopolita* y *alienada*, más apta para interesarse en los problemas de Europa que para resolver los de su propio país.⁴

Los temas son recurrentes. Con más o menos coherencia aparecen en los más diversos autores, la falta de correspondencia entre la realidad social y las ideas, la “europeización” y la “alienación” de las élites dirigentes, entendida esta última como un aislamiento, una separación de la realidad inmediata.

Estamos convencidos que la aceptación más o menos generalizada de estas interpretaciones no ha de conducir jamás a una explicación del papel de las ideas en la historia de la sociedad latinoamericana, de donde nuestra segunda proposición.

Es necesario, fuera de todo modelo comparativo de desarrollo, recuperar la “racionalidad intrínseca” del proceso histórico latinoamericano. Para que ello sea posible, sin embargo es necesario contar con categorías de análisis más adecuadas que las utilizadas hasta ahora.

A discutir de modo preliminar estas categorías apunta el párrafo siguiente.

I. IDEOLOGÍA, ALIENACIÓN Y DEPENDENCIA (UN INTENTO DE CONCEPTUALIZACIÓN)

Tomemos como punto de partida el concepto de ideología.

El pensamiento positivista ha tendido en general a definir “la ideología”, por oposición a “la ciencia”, como un *conocimiento erróneo*, que se enfrenta y es, o puede ser desplazado, por el *conocimiento verdadero* que se obtiene mediante el *método científico*. Esta interpretación

lamentablemente puede encontrar apoyo aún en ciertas expresiones mal interpretadas de autores marxistas clásicos; por ejemplo en Engels, cuando en carta a Mehring sostiene:

La ideología es un proceso que se opera por el llamado pensador conscientemente, en efecto, pero con una conciencia falsa. Las verdaderas fuerzas propulsoras que lo mueven, permanecen ignoradas por él; de otro modo no sería tal proceso ideológico. Se imagina pues fuerzas propulsoras falsas o aparentes. Como se trata de un proceso discursivo, deduce su contenido y su forma del pensar puro, sea el suyo propio o el de sus predecesores. Trabaja exclusivamente con material discursivo, que acepta sin mirarlo, como creación del pensamiento, sin someterlo a otro proceso de investigación, sin buscar otra fuente más alejada del pensamiento; para él, esto es la evidencia misma, puesto que para todos los actos, en cuanto les sirva de *mediador* el pensamiento, tienen también en éste su fundamento último.⁵

El tema de la *fausse conscience* y de la ideología como *conocimiento deformado* de la realidad corre a través de diversos autores marxistas y se difunde a otras corrientes del pensamiento social.⁶ Es en este sentido que se ha opuesto la ideología como *conocimiento erróneo* de la realidad, a la ciencia como *conocimiento verdadero*. Creemos que esta *distinción es tan inútil como perniciosa* si volvemos nuestro interés hacia una interpretación comprensiva del papel de las ideologías en la vida social.

Es por ello que preferimos, al respecto, la formulación altusseriana cuando expresa que la ideología.

“... es un sistema (que posee su lógica y su vigor propios) de representaciones (imágenes, mitos, ideas y conceptos, según los casos), dotados de representaciones se distingue de la ciencia en que la función práctica. Sin entrar en el problema de las relaciones de una ciencia con su pasado (ideológico) podemos decir que la ideología como sistema de representaciones se distingue de la ciencia en que la función práctico-social es más importante que la función teórica.”⁷

Y dice el mismo autor, en otra parte:

La ideología (en una sociedad de clases) está pues, destinada ante todo a asegurar la dominación de una clase sobre las otras y la explotación económica que le asegura su procedencia, haciendo a los explotados aceptar como fundada en la voluntad de Dios, en la naturaleza o en el bien moral, etcétera, su propia condición de explotados. Pero la ideología no es solamente un “bello engaño” inventado por los explotadores, para mantener a raya a los explotados y engañarlos; es útil también a los individuos de la clase dominante para reconocerse como sujetos de la clase dominante, para aceptar como deseada por Dios, como fijada por la “naturaleza” o incluso como asignada por un “deber” moral la dominación que ellos ejercen sobre los explotados; les es útil pues, al mismo tiempo, y a ellos también, este lazo de cohesión social para comportarse como miembros de una clase.⁸

¿En qué reside entonces la “falsedad” de la ideología? ¿Es aquella un componente necesario y permanente de ésta? De ningún modo; la falsedad es contingente y accesorio, y debe ser históricamente explicada. Retornando al texto de Althusser leemos:

La ideología es *en sociedades de clases*, una representación de lo real, pero necesariamente falseado, dado que es necesariamente orientada y tendenciosa, y es tendenciosa porque su fin no es dar a los hombres el conocimiento objetivo del sistema social en que viven, sino por el contrario, ofrecerles una representación mistificada de este sistema social para mantenerlos en su lugar en el sistema de explotación de clases.⁹

Es por todo ello que la ideología no puede ser entendida sólo como algo que ocurre en “la cabeza” de los agentes sociales, como un fenómeno psicológico que permitiera a su vez un tratamiento psicológico (por ejemplo “desideologizar” a un individuo o grupo portador de una ideología); integra la estructura social, y no como un mero epifenómeno, sino como una función definida, y definible, dentro de esa estructura.

Toda ideología particular, por eso, debe —y sólo puede— ser comprendida en relación a un *campo ideológico* existente y en relación también a los problemas y la estructura sociales que le sirven de base y se reflejan en él.¹⁰

La ideología no es, por lo tanto, una aberración o una excrecencia contingente de la Historia: constituye una estructura esencial en la vida histórica de las sociedades.¹¹

Es pues preciso, en el estudio de las ideologías, distinguir su lógica interna, tanto como su conexión con las estructuras materiales cambiantes de la sociedad global. Dicho de otro modo: es necesario recuperar la “racionalidad” (histórica) y más allá de su apariencia contingente comprender su conexión íntima con el proceso histórico social.

¿Qué decir ahora de la alienación?

Este concepto recibe habitualmente una connotación psicológicamente definible y verificable: se halla *alienado* quien se encuentra *separado, apartado de la realidad que le es propia*.¹²

No negamos de modo absoluto el valor de este concepto para el análisis de ciertos fenómenos psicológicos sociales. Sin embargo, para la problemática que aquí nos proponemos, hallamos que este enfoque es *no sólo incorrecto* sino escasamente heurístico.

Podríamos, por una parte, en un sentido marxista clásico, utilizar el concepto de alienación para afirmar que, en una sociedad de clases, como consecuencia de la división social del trabajo, de la separación de los

productores de los medios e instrumentos de producción, los productos de la actividad humana enfrentan al hombre como fuerzas extrañas que lo oprimen, dominan su vida, le imponen sus leyes.

En la sociedad capitalista, la división social del trabajo, la conversión del producto del trabajo en mercancía y el poder estatal aparecen como fuentes fundamentales de alienación. En este sentido general y amplio, podemos acompañar a Sartre cuando afirma que:

... en el mundo de la alienación el agente histórico nunca se reconoce enteramente en sus actos... La alienación está en alguna forma en la base y en la cúspide y el agente nunca emprende nada que no sea negación de la alienación y vuelta a caer en un mundo alienado.¹³

Así, es posible hablar de una alienación genérica que tiene su origen y fundamento en el modo de producción capitalista, en la apropiación privada de los medios de producción, y que sólo podría desaparecer con la destrucción, con la superación radical de ese mismo modo de producción. El proceso de “desalienación” se confundiría así con la historia de la lucha del hombre por la unificación totalizadora de la sociedad, por la construcción de una “humanidad común”.¹⁴

No es éste, sin embargo, el uso que habitualmente se hace del concepto de *alienación* como pudimos comprobarlo a través del fragmento ya citado de Jacques Lambert. En estos casos se denomina alienación al proceso (psicológico o psicológico social) por el cual los sujetos se apartan de *su propia realidad* (sociocultural),¹⁵ y, en el caso particular de los miembros de una sociedad subdesarrollada, viven en función de un “centro exterior”. ¿Cómo es posible considerarlo así?

A nuestro juicio el proceso que desemboca en tales proposiciones se desarrolla del siguiente modo:

1. Se observa un primer fenómeno que es la cultura (ideologías, etcétera) del o de los países desarrollados, la que se difunde, por diversos medios, hacia los países subdesarrollados imponiendo valores, normas, pautas de consumo en particular y de comportamiento en general.

2. Un segundo “dato”; esta cultura la adoptan primero y principalmente, las clases dominantes del país subdesarrollado.

3. A partir de esos dos “datos” se realiza una inferencia de este tipo: las clases dominantes de los países subdesarrollados se hallan “alienadas”, “enajenadas” de su propia realidad, que es como decir que sufren una especie de “ilusión óptica” por la cual no percibirían los problemas más *reales* que se presentan en sus propios países, y por lo tanto, resultan incapaces de encontrar los procedimientos adecuados para resolverlos.

Analicemos más detenidamente esta conclusión. ¿Se tuvieron en cuenta, para tal inferencia, *los intereses de clase* de esta clase dominante?

¿No está imponiéndose el juicio del observador sobre qué es correcto y qué es adecuado, por encima de los elementos objetivos de la situación y la perspectiva propia del grupo que se enjuicia?

Es verdad que las dos primeras observaciones formuladas más arriba corresponden a hechos reales. Pero si queremos formular un juicio correcto tendremos que profundizar más en estos fenómenos, y para ellos, el concepto de alienación, en el sentido que venimos apuntando en los últimos párrafos nos proporciona escasa ayuda. Tratemos de distinguir analíticamente, algunos aspectos particulares de la situación estudiada.

Primero: desde el punto de vista del observador, orientado por un determinado cuadro de valores (por ejemplo, lograr un desarrollo efectivo de estos países “subdesarrollados”) el comportamiento “visible” de esas clases dominantes aparece “alienado”. En lugar de atacar uno de los frenos básicos del desarrollo, constituido por la subordinación económica del país, contribuyen a mantenerla, y aun a extenderla a otras esferas (verbigracia, cultural, psicológicosocial, etcétera). Estas clases dominantes, pues, se hallarían “alienadas” incapaces de ver la raíz de los problemas que aquejan a sus propios países, como consecuencia, fundamentalmente, de la acción ideológica ejercida desde los países desarrollados.

Aunque este razonamiento considerado superficialmente parece claro y coherente, no creemos que alcance a captar, en modo alguno, el sentido de los procesos que se operan en la realidad social. Y esto fundamentalmente porque, si desde la perspectiva del o de los países dominantes la difusión ideológica opera como un instrumento de ampliación de la dominación que ejercen sobre otros países y áreas, desde el punto de vista de las clases dirigentes del país o área dominada, su adopción forma parte de la actividad de dominación que ejercen en el orden interno. Es preciso tener en cuenta que su propia posición de clase dirigente en el área dominada deriva de sus relaciones específicas, de su especial vinculación, con lo que “eufemísticamente” podríamos denominar *el sector externo*. Así, desde nuestro punto de vista, la adopción de determinadas ideologías —y valores, normas, pautas, etcétera, es decir, una cultura— por las clases dirigentes de los países subdesarrollados, cumple básicamente dos funciones principales: a) en primer lugar, levantar toda una superestructura que legitime su relación de clase dirigente local con la del “centro dominante”; b) luego, ya en el orden interno, legitimar su propia posición dirigente, al operar como *medio de dominación e instrumento de “distinción”* con relación a las clases o grupos subordinados.

Lo apuntado en estos últimos párrafos indica la necesidad de desarro-

llar un concepto que permita una interpretación más cabal y profunda de cómo operan las ideologías dominantes en un área subdesarrollada, y de la significación de esos comportamientos observables que son percibidos como producto de la “alienación”. El concepto que trataremos de delimitar seguidamente, y cuyo valor heurístico pretendemos destacar, es el de *dependencia*.

Quienes han estudiado la expansión imperialista del capitalismo occidental, haciendo de ella una causa originaria y principio explicativo de multitud de procesos observables en vastas regiones del mundo, señalaron sin duda un hecho histórico, pero cuya interpretación, en cuanto a sus consecuencias finales está en gran parte por realizarse. Aquellos estudios contemplan una sola de las perspectivas desde las cuales es posible analizar el fenómeno, esto es, la expansión imperialista *desde* los países capitalistas desarrollados; se carece hasta aquí —aunque sin duda esta situación está cambiando rápidamente— del estudio de ese mismo proceso, desde la perspectiva de los países subdesarrollados.

Lo anterior vale como observación preliminar general. Podríamos, sin embargo, apuntar otro aspecto —de carácter más metodológico— que, a nuestro juicio, limita el poder explicativo de la teoría del imperialismo: la expansión capitalista es presentada como una *causa externa* del subdesarrollo de las áreas “periféricas”. Este *factor externo* habría operado fundamentalmente a través de la imposición de una “división internacional del trabajo” que colocó a un conjunto de regiones en la situación de productores (a menudo monoprodutores) de materias primas destinadas a la industria manufacturera de los países “centrales”. La apreciación, sin duda, es correcta, pero desde el punto de vista de la constitución histórica de las sociedades periféricas, resulta superficial e insuficiente. Para estas sociedades el proceso de su incorporación al sistema capitalista mundial —a través de su ingreso al mercado internacional— inicia la historia de su inclusión en el sistema en una posición de dependencia y la historia de ésta se confunde así con la historia toda de su formación social. El estudio de cualquier fenómeno observable en la evolución de los países subdesarrollados, fuera del marco más general del sistema de interdependencia, constituye una amputación histórica y teórica que invalida toda conclusión posible.

Para el caso de América Latina puede afirmarse, citando una contribución reciente al tema:

Las sociedades latinoamericanas ingresaron en la historia del desarrollo del sistema universal de interdependencia, como sociedades dependientes a raíz de la colonización ibérica. Su historia puede ser trazada, en gran parte, como la historia de las sucesivas modificaciones de la situación de dependencia, a lo largo de la cual las diversas

sociedades de la región han venido alcanzando diversas posiciones sin lograr salir, hasta el momento, de ese marco general.¹⁶

Y es ese “marco general” el que podrá permitirnos modificar las interpretaciones que se expresaban en las citas con que iniciamos este ensayo.

En un enfoque estructural consecuente, es imposible considerar la estructura social —y por ende los cambios y el desarrollo— de cualquier país latinoamericano, fuera de la estructura mayor del sistema capitalista mundial. En otras palabras; estas estructuras y sus correspondientes superestructuras (instituciones, ideología, etcétera) —no pueden ser analizadas sino como *subestructuras* dentro de aquella estructura mayor, y como ocupando *dentro* de aquella estructura mayor, una posición determinada (dependiente).

Entonces, lo que aparecía como “paradójico” cuando lo contemplábamos aisladamente, podrá ser racionalmente explicado.

Es decir: no más “paradoja”, ni “imitación”, ni “alienación” (psicológica) de las clases dominantes. La función de esas ideologías, y el comportamiento ajustado a ellas de las clases dominantes locales, resulta perfectamente claro dada la posición dominante de éstas en el “sistema interno” y la situación general de dependencia del país dentro del sistema de dominación internacional. En cualquier momento de la historia de estos países, estas ideologías reflejarán esta doble situación; el sistema de dominación interno y la particular posición dentro de él de la clase dominante, y el sistema de interdependencia y de dominación internacional.¹⁷

El liberalismo que fue patrimonio de los grupos dirigentes y las *élites* latinoamericanas desde principios del siglo XIX cumplió dentro de su desarrollo histórico funciones bien definidas; si en un principio constituyó la consigna de la lucha contra el monopolio mercantilista de la dominación española, dando expresión ideológica a las acciones emancipadoras, fue luego —más que todo a través de sus expresiones concretas, como la defensa de la propiedad individual, el librecambismo, etcétera— la expresión de la dominación social de una clase de productores latifundistas que en combinación con grupos comerciales y financieros urbanos *operaba en función de un mercado internacional*.

Leemos en un ensayo reciente:

Dominación de las élites agrarias e ideología liberal, contenido oligárquico y formas democráticas —son las raíces del Estado latinoamericano y una de las peculiaridades políticas de los países dependientes.

Se debe acentuar, para que se tenga claridad de la significación histórica de estas discrepancias que ellas no se limitan al plano de las ideas políticas, ni aun al plano político-institucional, sino que tiene

que ver con el modo de ordenación de las estructuras sociales, inclusive con las relaciones de producción.¹⁸

Y más adelante:

Entender el liberalismo como mera “fachada” permite tal vez atacar algunos aspectos del problema de las relaciones entre el Estado y las condiciones internas de la producción, del mismo modo que permite destacar el carácter efectivamente oligárquico del Estado. Pero podría desviarnos, por otro lado, de algunos otros aspectos —no menos importantes— y que se refieren a la situación de dependencia de las sociedades latinoamericanas en el cuadro del capitalismo internacional.¹⁹

De este modo, ... en América Latina —influida desde el periodo colonial por las vicisitudes porque pasa el desarrollo europeo— la estructura “semi-feudal” de la gran propiedad aparece como un medio, y tal vez el más eficaz en las condiciones de la época para asegurar la producción barata de mercaderías para el consumo externo ...²⁰

La “paradoja” pierde su carácter de tal, y adquiere total racionalidad cuando integramos el análisis de la estructura social de cualquiera de nuestros países dependientes en la estructura más comprensiva del capitalismo mundial. No se trata tampoco de un *desfase* con relación a la evolución de los países de desarrollo originario, sino de la formación histórica de una estructura histórica inédita, *la del capitalismo dependiente*, que debe interpretarse como tal y que, como tal, exige sus propias categorías de análisis.

II. NOTAS PARA UNA INTERPRETACIÓN HISTÓRICO ESTRUCTURAL DE LA CULTURA DEPENDIENTE DE AMÉRICA LATINA

1. *La ciudad como instrumento de dominación y la “difusión cultural”*

Que la ciudad fue un instrumento de conquista y dominación en América Latina, no es ya un concepto nuevo.²¹

La organización de la conquista y la colonización de la región, exigió sin duda una acción “fundacional” que, si por una parte puede ser considerada como una reproducción indiana del comportamiento histórico de Castilla en el proceso de reconquista de la península ibérica, en las condiciones geográficas y económico-sociales de América Latina encuentra este proceso su realización —y también su justificación— más plena.

Fue a partir de la ciudad que irradió la explotación ibérica del subsuelo americano, pero no menos la difusión de una “europeización” que legitimaba a nivel de los valores y normas, la acción de la conquista.

La ciudad indiana —punto de tránsito donde la riqueza extraída a la tierra indígena se encaminaba hacia los dominios de sus conquistadores— vino a sustituir, allí donde existió (México, Perú, etcétera) a la sociedad urbana indígena anterior al siglo xvi; los siglos xvi al xviii marcarán el crecimiento y el apogeo de esta cultura urbana colonial.

Los movimientos emancipadores —iniciados ideológica y económicamente hacia fines del siglo xviii— señalaron el fin de la dependencia cultural de origen ibérico. Pero el “mito revolucionario” fue expresión a nivel de superestructura, de un “proceso inevitable”.²²

Durante todo el siglo xix —y más particularmente hacia su segunda mitad— esta “europeización” no ya sólo hispana sino “cosmopolita” como se la ha llamado, creció incesantemente, acompañando el ingreso cada vez más firme de estos países en la órbita de los nuevos centros dominantes.

2. El “liberalismo” de las nuevas clases dirigentes

La fisiocracia, la “ideología” francesa (de Destut de Tracy), las teorías del *laissez-faire* y el “manchesterismo” económico, pasaron a componer cada vez más el marco ideológico de esta nueva dependencia, proporcionando una superestructura particularmente apta para el funcionamiento de las explotaciones que dirigían su producto al mercado internacional. Sin embargo, obvio es señalarlo, ninguna de estas formas ideológicas se manifestó en sus formas más puras, y hallaremos siempre un grado mayor o menor de *eclecticismo* y *ambigüedad* que no hizo sino expresar la particular situación dominante —dependiente de las clases dirigentes latinoamericanas.²³ Estas ideologías, instrumento de lucha contra la ya insostenible dominación hispana, lo fueron también, después, de la eliminación de los resabios del poder de los productores rurales precapitalistas. Fue la época de la lucha de la ciudad contra el campo, de la “civilización” contra la “barbarie”.²⁴ El triunfo final de los grupos compuestos por una parte por los sectores comerciales y urbanos y, por otra, por los propietarios rurales “modernos” o “modernizantes” —constituyendo lo que luego se llamará la “oligarquía”— significó también la conversión de aquellas ideologías en la *cultura oficial*. La “libre navegación de los ríos”, el “libre cambismo” fueron los instrumentos capitales de subordinación al sistema de dominación internacional; la “propiedad individual” y la “libertad de trabajo”, los justificativos ideológicos de la explotación de los grupos subordinado por la clase dominante; el “constitucionalismo”, el “estado liberal”, el “parlamento”, los instrumentos políticos de la dominación social. La consolidación de este sistema de

dominación interna, consonante con la posición que ocuparía América Latina en el sistema de “división internacional del trabajo”, encontró expresión, finalmente, en una versión “latinoamericana” del positivismo.²⁵

Por lo demás, estas ideologías expresaron no sólo los intereses de una clase de “productores” deseosos de lograr una incorporación efectiva en el mercado internacional, sino también —y acaso *sobre todo*— de una clase de “consumidores” interesada en asegurarse la provisión de artículos manufacturados europeos a bajo precio. Y también en ese sentido, esta estructura ideológica constituyó un campo de encuentro entre los intereses “internos” y “externos”. La difusión de valores y pautas de la cultura europea, generó patrones que ampliaron —en las clases altas y medias, el consumo de productos manufacturados por el sistema industrial dominante; la relación de dependencia podía percibirse así hasta en la moda del vestir cotidiano.²⁶

De este modo si Parish pudo destacar el consumo de artículos ingleses en Río de la Plata a principios del siglo XIX²⁷ ya en la mitad del mismo, las importaciones han aumentado considerablemente.²⁸

Si quisiéramos resumir brevemente, podríamos decir que el proceso ideológico hasta aquí reseñado presentó una relación que podríamos denominar “funcional” con respecto al sistema de dominación, tanto externo como interno (inseparables por lo demás).

3. *El proceso de desarrollo “hacia adentro”, el surgimiento de los sectores medios, la industrialización sustitutiva y la ideología “nacionalista”*

Desde las primeras décadas del presente siglo y particularmente a partir de la primera gran guerra un nuevo polo dominante comenzará a destacarse en el sistema universal de interdependencia: los Estados Unidos de Norteamérica.

Si bien las acciones de este país destinadas a convertirlo en “rector de la comunidad americana” se multiplicaron a través del siglo XIX —particularmente a partir de la formulación de la llamada “doctrina Monroe”— y recrudecen hacia los primeros años del siglo presente (singularmente durante la administración de Theodor Roosevelt), fue sólo a partir de la consolidación de Estados Unidos frente a Europa (y por lo tanto como centro dominante del sistema capitalista mundial), que asumió efectivamente su papel como polo dominante de América Latina. Las formas de expansión norteamericana fueron diversas, tanto según los periodos en que se llevó a cabo como en relación a los países a que las mismas se dirigieron, variando desde la directa política del *big stick*

y la diplomacia del dólar, hasta la acción diplomática que pudo vestir, durante un corto tiempo, el velo de la *good neighbour policy*; pero sobre todo se expresaron en el comercio y la exportación de capitales. La presencia de Estados Unidos como nuevo polo dominante internacional, marcó nuevos rumbos para el desarrollo de América Latina.

Antes de continuar con las consecuencias de este nuevo hecho histórico será necesario, sin embargo, regresar al análisis de algunos “aspectos internos” del desarrollo latinoamericano.

La clase dominante “tradicional” a la que nos referimos en párrafos anteriores, logró instaurar sin duda una organización política que se adecuó perfectamente tanto al funcionamiento de estos países en el sistema internacional de interdependencia, como al dominio interno de esa “oligarquía”. El “Estado oligárquico-liberal” cumplió, al decir de Medina Echavarría, con todos los “requisitos funcionales” supuesto necesarios al funcionamiento de cualquier sistema social.²⁹ Dentro de ese sistema, los valores liberales y humanismo europeo tradicional, cobraron el carácter de una *cultura oficial* que legitimó la dominación oligárquica.

El funcionamiento de ese sistema tradicional —dentro del sistema mayor de “división internacional del trabajo”— provocó, a su vez, transformaciones económico-sociales, con sus respectivas manifestaciones morfológicas, por una parte, y socioculturales, por otra. En primer lugar —y ello particularmente en aquellos países en que como Argentina, Uruguay, etcétera, se registró un dominio “nacional” del aparato productor— como consecuencia del desarrollo de las actividades exportadoras se produjo un incremento de los servicios derivados de la financiación y comercialización, y también de la urbanización en general y de los servicios a ella asociados. El conjunto de estas transformaciones estructurales fue provocando la emergencia de sectores medios urbanos cada vez más numerosos. Por otra parte, coyunturas internacionales registradas en el presente siglo, como las dos grandes guerras y la crisis de 1929, provocaron el surgimiento de una “industrialización sustitutiva” destinada a satisfacer la demanda preexistente de bienes en el mercado interno. En este clima particular, surgieron y alcanzaron su auge mayor las ideologías “nacionalistas”

Cierto es que en el siglo xix encontramos en muchos países de la región manifestaciones “nacionalistas”. Éstas sin embargo, parecen expresar más frecuentemente, las aspiraciones de grupos tradicionales —y regionales— que intentan detener las consecuencias adversas que implicaba para ellos, la incorporación abierta de estos países al mercado internacional.

En el siglo xx, el nacionalismo adquiere caracteres distintos al asumir las notas de un “nacionalismo burgués desarrollista” con matices más o

menos marcados de “populismo”. En este caso constituyó la expresión de una burguesía urbana que, frente al debilitado poder de la oligarquía y a través de un complejo sistema de alianzas, creyó en la posibilidad de una hegemonía del poder social.³⁰

Ese nacionalismo, que en principio asumió características “románticas” e “irracionalistas”, fue incorporado cada vez más —en la medida en que las burguesías nacionales, ayudadas por la coyuntura internacional— se consolidaron a una dimensión *económica*,³¹ que involucró el proyecto de un Estado Latinoamericano “desarrollista” y “planificador”.

Las características histórico-estructurales de los procesos registrados en este periodo impusieron a las ideologías dominantes sin embargo, una manifiesta ambigüedad. Si bien señalamos ya que el eclecticismo y la ambigüedad constituyeron características permanentes de las ideologías dominantes en el marco histórico social latinoamericano, en el periodo ahora considerado, difícilmente puede hablarse de la existencia de una “cultura oficial” que se impusiera a toda la sociedad, con la propiedad con que pudo hacerse con referencia al periodo anterior. Las razones son las mismas que no nos permitirán hablar de un “nuevo Estado” que poseyera un carácter perfectamente “funcional” como el que pudo registrarse en el periodo de dominación oligárquica.³² Y ello encuentra su explicación en la situación particular en que se hallan los sectores y medios y la nueva burguesía urbano-industrial: en ningún caso pueden ofrecer una alternativa viable al sistema económico-social anterior, exportador de materias primas para el mercado internacional. Las características mismas del proceso de industrialización sustitutiva fueron un obstáculo para ello³³ y esto aun en los países en que, como Argentina, el sector industrial alcanzó un grado considerable de desarrollo y diversificación. El proceso de industrialización y las acciones de un Estado “desarrollista” y “proteccionista” no lograron sino desarrollar las bases en que vino a instaurarse el *nuevo modo de dependencia* en América Latina.

4. *La nueva dependencia y las ideologías dominantes: del “nacionalismo” al “desarrollismo”*

Notoriamente, a partir de los años 50, comenzaron a producirse cambios importantes en las condiciones estructurales del desarrollo. Este proceso ha sido denominado recientemente “la internacionalización del mercado interno”. Con respecto a esta nueva situación, señalan Cardoso y Faletto, en un trabajo reciente que ya tuvimos ocasión de citar:

... se refuerza el sector industrial y se define una pauta peculiar de industrialización: una industrialización basada en un mercado urbano restringido, pero lo suficientemente importante en términos de renta generada, como para permitir una "industria moderna". Por supuesto, que ésta va a intensificar el patrón del sistema social excluyente que caracteriza al capitalismo de las economías periféricas, pero no por eso dejará de convertirse en una posibilidad de desarrollo, es decir, un desarrollo en términos de acumulación y transformación de la estructura productiva hacia niveles de complejidad creciente. Ésta es, sencillamente la forma que el capitalismo industrial adquiere en el contexto de una situación de dependencia.³⁴

En estas condiciones la inversión extranjera se dirige preferentemente hacia el sector manufacturero, acelerando su proceso de modernización y diversificación y acentuando el control externo de la economía. Así "... tanto el flujo de capitales como el control de las decisiones económicas 'pasan' por el exterior."³⁵

Aquí la ideología "nacionalista-desarrollista-populista" pierde paulatinamente su hegemonía como *ideología dominante* y es sustituida por el *desarrollismo* sin adjetivación, que ya no hace hincapié en quién detenta el control del proceso, sino en las características económico-técnicas del mismo. Aún los aspectos sociopolíticos del proceso pasan a ser contemplados como "datos" susceptibles de posterior elaboración —y eventual manipulación— con los métodos de las "ciencias sociales modernas". La ideología desarrollista aparece así complementada y sustentada por otra "cientificista" y "empirista" que predica la absoluta neutralidad valorativa y convierte el *dato* (empírico) en la manifestación de una realidad no superable.

Nuevamente aquí sería erróneo interpretar como "alienado" —como una manifestación de la "falsa conciencia"— el comportamiento de los sectores industriales nativos. Su posibilidad de proponer alternativas estructurales a la penetración del capital extranjero resultan nulas.³⁶ Frente a esta situación, su asociación con el capital extranjero permite mantener, en el orden interno, su posición dominante. La única alternativa que pareciera ofrecerse en estas circunstancias lleva implícita la necesidad de un cambio revolucionario —como en el caso de Cuba—; tampoco en esta alternativa sin embargo, aquéllos podrían conservar su carácter de "burguesía nacional", de clase dominante. El "desarrollismo" aparece, pues, como la única ideología viable dentro de los límites de la "conciencia posible" de los sectores dominantes nacionales, límites que impone la nueva estructuración de estos sistemas económico-sociales dependientes.

III. A MODO DE SÍNTESIS

Las notas precedentes, como lo declaramos desde el comienzo de este ensayo, no pretenden constituir sino un planteo general del problema.

La problemática subyacente es hartó más compleja que lo que aquí fue desarrollada. No es suficiente poner de manifiesto la existencia de una relación general entre estructuras y superestructuras en el proceso histórico latinoamericano.

Es necesario tener en cuenta, para el estudio futuro de la problemática que presentamos, que entre las determinaciones generales (esenciales) y las determinaciones singulares (particulares), un conjunto de mediaciones dan a cada situación particular —de nación, grupo, etcétera— una también particular ambigüedad. Es esta ambigüedad la que deberá ser explicada, a partir de las determinaciones generales, pero mediante el análisis y explicitación del conjunto todo de mediaciones concretas y específicas. No por un agregado o suma de “variables” distintas, sino por una recuperación, mediante un enfoque histórico-estructural, de la totalidad histórico-social que constituye una formación capitalista dependiente.

Algo más quisiéramos agregar. Aquí nos hemos ocupado tan sólo de las ideologías dominantes o, si se prefiere, del “campo ideológico” de las clases dominantes. En un estudio más acabado sobre el papel de las ideas en el desarrollo de nuestros países habrá que considerar también la formación, dentro de ese campo ideológico pero en antagonismo con él, de contraideologías. Con respecto a éstas resurge la problemática estructural. ¿Encuentran éstas “contraideologías” fundamento en una alternativa estructural frente a la ofrecida por el sistema dominante? ¿O no son sino variantes dentro del campo ideológico de la clase dominante, sin que puedan por ello ser realmente antagónicas?

Un enorme conjunto de interrogantes se suscita alrededor de esta problemática y cada interrogante, pensamos, puede dar nacimiento a diversas investigaciones específicas. Lo dicho hasta aquí, no constituye sino una primera aproximación, de carácter muy preliminar.

¹ Medina Echavarría, J. *Consideraciones sociológicas sobre el desarrollo económico de América Latina*, Buenos Aires, Solar/Hachette, 1964, pp. 43-44 (los subrayados son nuestros).

² Beyhaut, G.: *Raíces contemporáneas de América Latina*, B. Aires, EUDEBA, 1965, p. 24.

³ *Ibidem*, p. 72.

⁴ Lambert, J. *América Latina: estructuras sociales e instituciones políticas*. Barcelona, Ariel, 1964, p. 180. (El subrayado es nuestro.)

⁵ Engels, F., "Carta a Mehring", Marx, K. y Engles, F., en *Obras escogidas*, Moscú, ed. Progreso, 1966 t. II, p. 502.

⁶ Véase Lukacs, G. *Histoire et conscience de classe*, traduit par Kostas Axelos et Jacqueline Bois, Paris, Les Editions de Minuit, 1960.

⁷ Althusser, L. *La revolución teórica de Marx*, traducción de Martha Haenecker, México, ed. Siglo XXI, 1967, pp. 191-192.

⁸ Althusser, L. *Teoría práctica teórica y formación teórica; ideología y lucha ideológica*, Santiago, mimeog., p. 19.

⁹ *Ibidem*.

¹⁰ Althusser, L. *La revolución teórica de Marx*, ed. cit., p. 49.

¹¹ *Ibidem*, p. 192.

¹² Aunque la bibliografía en este sentido es más que abundante podríamos señalar entre algunos títulos representativos y recientes: Fromm, E. *Más allá de las cadenas de la ilusión: mi encuentro con Marx y Freud*, México, Herrero Hnos., S. A., 1964. Gabel, J. *Formas de alienación: ensayos sobre la falsa conciencia*, Córdoba (Rep. Argentina), ed. Universitaria de Córdoba, Rep. Argentina, 1967.

¹³ Sartre, J. P. *Crítica de la razón dialéctica*. Trad. de M. Lamana, Buenos Aires, Losada 1963, t. I, nota al pie de la p. 92.

¹⁴ Refiriéndose en particular a la cultura y al lenguaje en el mundo de la alienación, dice Sartre: "Así, las categorías más generales de la cultura, los sistemas particulares y el lenguaje que los expresa son ya la objetivación de una clase, el reflejo de los conflictos latentes o declarados y la manifestación particular de la alienación. El mundo está fuera; ni la cultura, ni el lenguaje están en el mundo como una marca registrada por un sistema nervioso; el que está en la cultura y en el lenguaje es el individuo, es decir, el que está en una sección especial del campo de los instrumentos. Para *manifestar* lo que muestra, dispone pues, de elementos que son a la vez demasiado ricos y muy poco numerosos. Muy poco numerosos: cada vocablo tiene consigo un significado profundo que le da la época entera; en cuanto habla el ideólogo, dice más y otra cosa de las que quiere decir, la época le roba el pensamiento; da vueltas sin parar y al final la idea expresada es una desviación profunda, se ha dejado coger por la mistificación de las palabras. (*Crítica de la razón dialéctica*, t. I, p. 103.) Véase también, en este mismo sentido: A. Gorz. *Historia y enajenación*, México, Fondo de Cultura Económica, 1964, en especial pp. 55 y 97.

¹⁵ El afán por "operacionalizar" el concepto de alienación puede conducir, desde un punto de vista marxista, a las mayores aberraciones. En una investigación dedicada al tema leemos: "tal como se emplea aquí el término, una 'persona alienada' es la que ha sido llevada a enajenarse y tornarse hostil con respecto a su sociedad y a la cultura que ella entraña". Ahora bien, como "la sociedad" y "la cultura que ella entraña" son las norteamericanas, el autor va a definir según "patrones promedio" de comportamiento cuáles son "los alienados" e intentar "medir" el grado de alienación de que son portadores. La primera conclusión a que arribará es que, según las pautas de "esa sociedad" y "esa cultura", *son alienados* los que *no leen* el *Reader's Digest*, los que *no gustan* de la televisión y los que *no piensan* cambiar su automóvil todos los años.

Véase G. Nettle, "Una medida de la alienación", en I. L. Horowitz, *Historia y elementos de Sociología del Conocimiento*, Buenos Aires, EUDEBA, 1964, t. II, pp. 58-71).

¹⁶ Quijano Oregon, A. *El proceso de urbanización en Latinoamérica*. Santiago. CEPAL, 1966 (mimeog.), p. 14.

¹⁷ Para un análisis de carácter más sistemático del concepto de dependencia, véase F. H. Cardoso y F. Faletto, *Desarrollo y dependencia en América Latina*, Santiago, INSTITUTO, 1967.

¹⁸ F. C. Weffort, *Clases populares e desenvolvimiento social*, Santiago, INSTITUTO, 1968, pp. 43-44 (la traducción es nuestra).

¹⁹ *Ibidem*, p. 46.

²⁰ *Ibidem*, p. 46.

²¹ Para algunas elaboraciones actuales de este hecho histórico, véase Frank A. G., *Capitalism and underdevelopment in Latin America*, N. Y., Monthly Review Press 1967 y Quijano, A. *op. cit.*

²² "... a través del mito revolucionario se viene a justificar un proceso por otra parte inevitable: la ruptura de la unidad hispánica y la incorporación de sus fragmentos a órbita de las potencias occidentales europeas, cuyo predominio acrece gracias a las transformaciones técnicas y económicas" (Tulio Halperin Donghi: *Tradición política española e ideología revolucionaria de mayo*, Buenos Aires, EUDEBA, 1961, p. 23.)

²³ Véase dos Santos, W. G. "Preliminares de una controversia metodológica" en *Revista Civilização brasileira*, núms. 5-6 (março, 1966), pp. 77-94.

²⁴ Esto muy visiblemente en el caso argentino. Véase como una magnífica ilustración de este proceso el clásico libro de D. F. Sarmiento, *Facundo o civilización y barbarie*.

²⁵ Los Estados tuvieron que poner sus países en orden. Como teóricos políticos, los intelectuales hallaron la justificación filosófica del paso de la anarquía al orden en las doctrinas positivistas de A. Comte, que gozaban en ese entonces en Europa de cierta popularidad. El positivismo, modificado por los intelectuales para sortear algunas de sus más fundamentales objeciones, formó la base de la filosofía política dominante en México durante la "tiranía honesta" de Porfirio Díaz (1876-1910) y lo mismo hizo en Brasil desde la caída de Pedro II en 1889 y al menos hasta los comienzos de la primera gran guerra. Las palabras *ordem e progresso* puestas en la nueva bandera de la república brasileña atestiguaban la influencia que ejercía el positivismo en los dirigentes que reemplazaron al emperador y a la nobleza. En Argentina, Chile y Uruguay el impacto del positivismo repercutió intensamente en el gobierno y en los círculos intelectuales antes de 1890 (Johnson, J. J.: *La transformación política de América Latina*, p. 63.

²⁶ Un viajero sueco que visitara Valparaíso en la década de 1850, describe así sus impresiones: "Así es como a la llegada de un modisto parisién o de un sastre alemán, que tratan de inculcar, con el mismo fanatismo que en otras épocas empleaban los monjes para imponer las sagradas verdades, que la única forma de elevarse es someterse a los dictámenes de las revistas de modas de París, a la levita negra y a todos los accesorios que corresponden, sucede que aquéllos son escuchados y de resultas de ello la señora se compra un elegante sombrero, que la hace sentirse consumadamente parisiense, mientras el marido se coloca un tieso y alto corbatón, y se siente en el pináculo de la cultura europea." (Skogman, C.: *Viaje de la fragata Eugenia M.*, 1851-53, citado por Beyhaut, G.: *Raíces contemporáneas de América Latina*, EUDEBA, Buenos Aires, 1964, pp. 65-66.

Un francés que visitaba Río hacia fines de siglo, escribe: "Al primer paso que hice en tierra quedé estupefacto. Todas las ventanas estaban abiertas, una muchedumbre de hombres y mujeres vestidos a la última moda de París, circulaba con el aire más desenvuelto. Río de Janeiro estaba totalmente metamorfoseado: negocios magníficos, cafés, cervcerías, se encontraban a cada paso; los hoteles, los restaurantes, eran del más alto confort; una muchedumbre apresurada circulaba con la animación y actividad que no se encuentra más que en ciudades como Londres o París; ricos equipajes, finetes y todo eso iba y venía." (Aimard; citado por Beyhaut, *op. cit.*, p. 68).

²⁷ (Las mercancías inglesas en Río de la Plata se han hecho) "... artículos de primera necesidad..." y recomienda: "cuanto más barato podamos producir esos artículos, tanto más consumo tendrán. De esta suerte, cada adelanto en nuestra maquinaria que haga abaratar el precio de estos efectos contribuye; ... a la comodidad y bienestar de las clases más pobres de aquellos remotos países, al mismo tiempo que *perpetúan nuestro predominio en sus mercados* (el subrayado es nuestro); Parish, W.: *Buenos Aires y las Provincias del Río de la Plata*, Solar Hachette, Buenos Aires, 1958 (pp. 527-528).

²⁸ Ya hacia el tercer tercio del siglo puede apuntarse: "tomando las cifras de 1874 comprobamos que el renglón tejidos, hilo, ropa hecha, etcétera, representa el 27 por ciento del total, primando Inglaterra en tejidos de algodón; Francia en seda y compartiendo los de lana entre los dos."

"Los productos alimenticios representaban casi el 40 por ciento del total importándose harina, fideos, azúcar, vinos y conservas alimenticias." (Dorfman, A.: *Evolución de la economía industrial argentina*, colegio Libro de Estudios Superiores, Buenos Aires, 1938, p. 64).

El proceso se ha consumado: bajo el manto de la ideología liberal, ha terminado por consolidarse el sistema de la división internacional del trabajo; la agricultura tradicional o de subsistencia, así como las manufacturas locales, son destruidas por el sistema capitalista, liberando la mano de obra necesaria para el desarrollo de este último.

²⁹ Medina Echavarría, J. *op. cit.*

³⁰ Para una exposición más detallada de las transformaciones sociales y del sistema de alianza que aquí simplemente mencionamos, véase Weffort, F. *op. cit.*

³¹ Para una exposición —que sólo parcialmente compartimos— de las formas que asumió el "nacionalismo" latinoamericano, véase Johnson J. J., *La transformación política de América Latina, el surgimiento de los sectores medios*, Buenos Aires, Solar Hachette.

³² Para algunas apreciaciones sobre las transformaciones del Estado latinoamericano contemporáneo, véase: Cibotti, R. y Weffort, F. C.: "La planificación del sector público: una perspectiva sociológica", en *Desarrollo Económico*, vol. 7, núm. 26 (julio-septiembre, 1967), pp. 37-57.

³³ Para un análisis de las características de la industrialización sustitutiva, véase: Tavares, M. C., "Auge y declinación de la industrialización sustitutiva en Brasil", en *Boletín Económico de América Latina*, vol. 9 núm. 1 (marzo de 1964).

³⁴ Cardoso, F. H. y Faletto, E., *op. cit.*, p. 160.

³⁵ *Ibidem.*, p. 143.

³⁶ Véase Cardoso F. H. y Faletto, E., *op. cit.*, pp. 155-156.